

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL MAYORDOMO INFIEL
(PERSONALIDAD E INDIVIDUALIDAD)

París, 30 de abril de 1938

"Jesús dijo también a sus discípulos: Un hombre rico tenía un mayordomo al que acusaron de dilapidar sus bienes, le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que oigo decir de ti? Ríndeme cuentas de tu administración, porque ya no podrás seguir administrando mis bienes. El mayordomo se dijo a sí mismo: ¿Qué haré, puesto que mi amo me quita la administración de sus bienes? ¿Trabajar la tierra? No puedo. ¿Mendigar? Me da vergüenza. Ya sé lo que haré para que haya gente que me reciba en su casa cuando haya sido destituido de mi empleo. Y, haciendo venir a cada uno de los deudores de su amo, le dijo al primero: ¿Cuánto le debes a mi amo? Cien medidas de aceite, respondió. Y le dijo: Toma tú factura, siéntate rápido y escribe cincuenta. Después le dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Cien medidas de trigo, respondió. Y él le dijo: Toma tu factura y escribe ochenta. El amo alabó al mayordomo infiel porque había obrado prudentemente. Porque los hijos de este siglo son más prudentes con respecto a sus semejantes que los hijos de la luz.

Y yo os digo: Hacedos amigos con las riquezas injustas, para que os reciban en los tabernáculos eternos, cuando las riquezas os falten. El que es fiel en las cosas más pequeñas lo es también en las grandes, y el que es injusto en las cosas más pequeñas lo es también en las grandes. Así que, si no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas? Y, si no habéis sido fieles en lo que es de otro, ¿quién os dará lo que es vuestro? Nadie puede servir a dos amos porque, o bien odiará a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammón."

San Lucas 16:1-13

Esta parábola es muy difícil de interpretar, y hasta ahora no he leído ningún libro, ni oído a ningún conferenciante ni a ningún religioso que hayan dado sobre ella una explicación verídica. En apariencia hay tantas contradicciones en este texto que parece incomprensible. Sin embargo, os daréis cuenta, dentro de un rato, de cuántas verdades profundas e importantes contiene.

Jesús cita el ejemplo de un mayordomo infiel con su amo y nos aconseja imitarle: "Y yo os digo: Haced amigos con las riquezas injustas..." porque, dice: "El que es fiel en las cosas pequeñas, lo es también en las grandes". Ahora, al contrario, parece que alaba la fidelidad. Y después añade: "Así que, si no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas?" Jesús anima, pues, a la vez a la fidelidad y a la infidelidad, lo que es verdaderamente extraño.

Si queréis captar el sentido de este texto, es necesario ser muy pacientes, olvidarnos por unos momentos de la parábola y empezar por comprender diferentes cosas que nos aclararán su significado.

En la conferencia precedente os di un esquema astrológico: si sabéis servirlo de él, podréis interpretar numerosos pasajes oscuros de los Evangelios y de los Libros sagrados, porque no se trata de una construcción artificial, sino que representa una realidad milenaria. Aquí tenéis nuevamente el esquema.

Constatáis que una línea horizontal divide el esquema en dos partes.

Desde hace miles de años los hombres tratan de estudiarse a sí mismos para comprender los principios con los que están constituidos, y han imaginado numerosos modos de división. Unos adoptaron el 2 (el espíritu y la materia, lo de arriba y lo de abajo, lo masculino y lo femenino, lo positivo y lo negativo). Otros adoptaron el 3 (pensamiento, sentimiento y voluntad, lo que corresponde también a la división de los cristianos: cuerpo, alma y espíritu). Los alquimistas dividen al hombre en 4, según los 4 elementos. Los astrólogos lo dividen en 12, según las 12 constelaciones. Los hindúes y los teósofos lo dividen en 7: cuerpos físico, etérico, astral, mental, causal, búdico y átomico. Los cabalistas lo dividen en 3, en 4, en 9 o en 10... Finalmente, para algunos el hombre es una unidad indivisible. Cualquier punto de vista adoptado es siempre verídico, depende de bajo qué ángulo miremos las cosas

Retengamos la explicación más sencilla y digamos que el ser humano

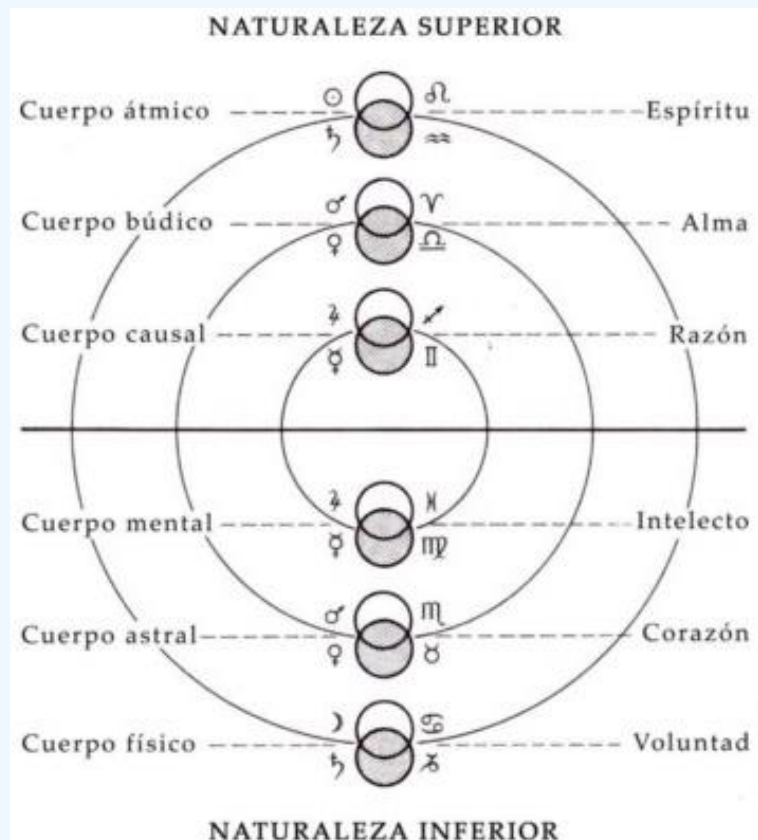
es una unidad perfecta, pero que esta unidad está polarizada. Sí, porque el ser humano está hecho de dos naturalezas, una naturaleza inferior y una naturaleza superior, que tienen las mismas facultades de pensar, de sentir y de actuar, pero en dirección contraria. Para tomar conciencia de esta oposición hay que observarse y, desgraciadamente, la mayoría de los humanos lo mezclan todo: los pensamientos y los sentimientos inferiores son para ellos de la misma naturaleza que los pensamientos y los sentimientos superiores; no saben distinguir los unos de los otros. Mientras que para los Iniciados esta distinción está absolutamente clara, aunque, en realidad, no se pueda encontrar el límite absoluto que separa estas dos naturalezas, porque la una se funde con la otra.

El esquema que os he dado presenta, en primer lugar, una división en dos: la naturaleza inferior y la naturaleza superior, y cada una de ellas presenta, en sí misma, otras tres divisiones que corresponden a las tres funciones del hombre: el intelecto, el corazón y la voluntad, es decir, el pensamiento, el sentimiento y la acción.

De acuerdo con el esquema, los diferentes cuerpos que componen el hombre son, pues:

Para la división inferior: cuerpos físico, astral, mental.

Para la división superior: cuerpos causal, búdico, átomico.

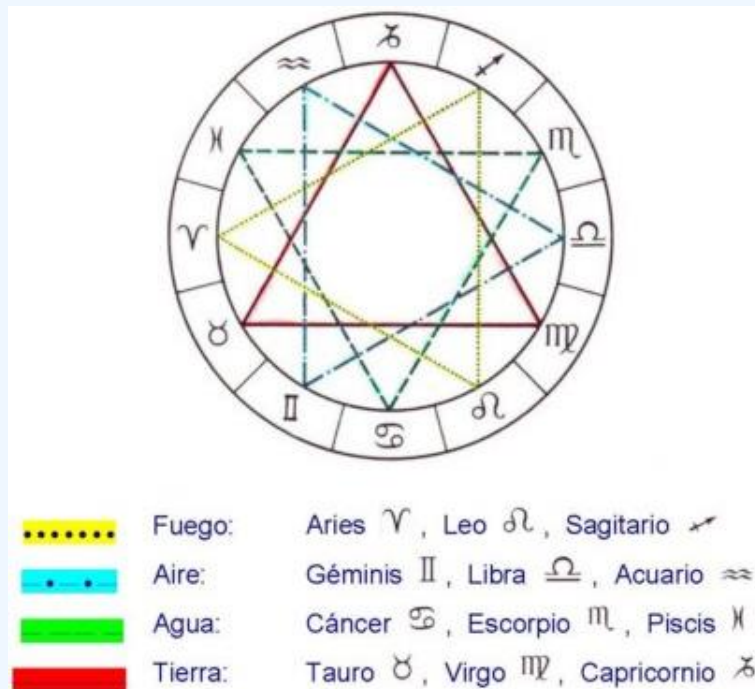


Pero podemos utilizar igualmente otras denominaciones: para la división inferior, cuerpo físico, corazón, intelecto. Para la división superior: intelecto superior (Razón), corazón superior (Alma), Espíritu.

Os preguntáis, quizá, lo que representan los tres grandes círculos concéntricos del esquema. Muestran la relación que existe entre los cuerpos superiores e inferiores. El cuerpo átmico, que corresponde al espíritu, y que es la fuerza, el poder, la voluntad divinos, está relacionado con el cuerpo físico. El cuerpo búdico, que representa el alma con todos los sentimientos más elevados de amor, de sacrificio, de bondad, está relacionado con el cuerpo astral. El cuerpo causal, vehículo de los pensamientos más vastos y más luminosos, está relacionado con el cuerpo mental.

Todas estas relaciones pueden darnos la solución de muchos problemas en la vida y explicarnos muchos pasajes de los Libros sagrados. Así, el reino de los minerales y de los cristales esconde los secretos más profundos del mundo divino. Por eso los alquimistas tenían razón cuando buscaban en el mundo mineral los elementos más poderosos para preparar la piedra filosofal y obtener la inmortalidad. Los cristales son el símbolo de la perfección absoluta del mundo divino. Pero hablaremos en otra ocasión de estas relaciones.

Ya os he explicado que los 12 signos del zodiaco se reparten en función de los 4 elementos (tierra, agua, aire, fuego), 3 signos para cada elemento, de la forma siguiente:



Como ya os dije, el cuerpo físico se encuentra situado Bajo las influencias de la Luna ☾ y de Saturno ♄ y el cuerpo átmico bajo las del Sol ☉ y de Saturno ♄. Los cuerpos astral y búdico son influenciados por Venus ♀ y Marte ♂ y los cuerpos causal y mental por Mercurio ☿ y Júpiter ♃.

Las formas de los cuerpos inferiores están todas en signos de tierra y sus dobles en signos de agua, mientras que las formas de los signos superiores están en signos de aire, y sus dobles en signos de fuego. La parte inferior del esquema corresponde, pues, al grupo tierra-agua, y la parte superior al grupo aire-fuego. Esta disposición no es arbitraria, la volvemos a encontrar en todas partes en la creación, y así es como está construido nuestro planeta: primero el suelo, la tierra, y encima, el agua que recubre una parte de ésta y la penetra; después, por encima del grupo tierra-agua, el grupo aire-fuego: el fuego, es decir, la luz, los rayos de Sol que penetran el aire como el agua penetra la tierra.

En astrología se da una importancia particular a las dos luminarias: el Sol y la Luna, porque nuestra Tierra está particularmente situada bajo su influencia. A veces es la del Sol la que predomina, y otras la de la Luna. El Sol, la Luna y la Tierra representan la división ternaria, espíritu, alma y cuerpo.

Con el símbolo del Sol comprendemos todo lo que es estable, inmutable, la naturaleza superior; y con el símbolo de la Luna, lo que es pasajero, variable, la naturaleza inferior. Las pasiones, los pensamientos ordinarios que impulsan a los hombres a engañarse y a robarse los unos a los otros, las agitaciones, las inquietudes, la vanidad, la sed de gloria, todo lo que es interesado, egoísta, y que solamente apunta a las satisfacciones materiales, pertenece también a la naturaleza inferior. Al contrario, la naturaleza superior está formada por todas las tendencias al bien: el deseo de aprender, de conocer la verdad, de ayudar a los demás, de sacrificarse, de ser generosos y llenos de amor.

El hombre en el que domina la naturaleza inferior alimenta pensamientos y sentimientos egocéntricos que no tienen otra meta que su propia satisfacción. La naturaleza superior está como enterrada en él y limitada en sus manifestaciones. En cambio, en el ser que está lleno de abnegación, que respeta a las criaturas y que lleva dentro de él el alto ideal de perfeccionarse en las virtudes, la naturaleza inferior se debilita, mientras que la naturaleza superior se refuerza.

Para simplificar las cosas, llamaremos a la naturaleza superior "individualidad" y a la naturaleza inferior "personalidad". Os explicaré después por qué. Encontraréis en el arte, en la literatura, en la pintura, etc., numerosas representaciones de la personalidad y de la individualidad. Echad un vistazo, por ejemplo, a los dibujos de Daumier y tendréis una idea de las fisionomías horribles que pueden tener ciertas personalidades.

La personalidad quiere mostrarse a todo precio, y para ello está dispuesta a emplear todos los medios, agradables o desagradables; se viste con colores chillones, con vestidos excéntricos, y se hace notar con una risa vulgar y gestos afectados. Siempre quiere mostrarse como más de lo que es, como una clueca que infla sus plumas para hacerse más grande. Pero es, sobre todo, excesivamente cambiante y pasa de un estado a otro con una increíble facilidad: sucesivamente alegre y triste, optimista y después desanimada, gentil y después malvada. Teme el hambre, la pobreza, la muerte, hace cálculos inverosímiles para asegurarse el alimento y toda clase de posesiones. Pero no puede retener nada porque es como un agujero sin fondo en el que todo se pierde. La personalidad sólo tiene un móvil; el interés, y por este interés es capaz de cambiar de filosofía, de religión, de opiniones políticas tan rápidamente como lo pidan las circunstancias.

La individualidad actúa de forma totalmente contraria a la personalidad. No tiene prisa en mostrarse, nunca engaña con falsas apariencias, no grita para que se fijen en ella, porque está segura de ser apreciada cuando sea necesario. Para ello, sólo cuenta con sus dones y su trabajo. Lleva dentro de sí una convicción estable, inquebrantable, una fe y una esperanza constantes y firmes. No varía, su punto de vista permanece inmutable.

La personalidad está representada por la mitad inferior del esquema y la individualidad por la mitad superior. La individualidad se manifiesta con las más altas virtudes; la sabiduría (en el plano causal), el amor (en el plano búdico), la verdad (en el plano átmico). Cada virtud posee un poder particular: la sabiduría nos aporta la luz, el saber real basado en los principios eternos; el amor nos da la vida, la felicidad, y la verdad nos libera. La verdad puede darnos la felicidad y la vida, pero sólo por intermedio del amor. Por sí misma no puede aportarlas; al contrario, muy a menudo empieza trayendo sufrimientos y tormentos. Por eso muchos hombres se niegan a ver la verdad, la temen. La sabiduría puede liberarnos y aportarnos la felicidad, pero por intermedio de la verdad y del amor. La

sabiduría sola no puede ni liberarnos, ni hacernos felices; al contrario, hasta puede llevarnos a la melancolía y al pesimismo. En cuanto al amor, no puede ni liberar ni iluminar únicamente aporta la dilatación, el gozo, la vida. Pero el amor, la sabiduría y la verdad reunidos aportan la plenitud, las bendiciones del Cielo, la perfección del ser.

Desgraciadamente los humanos cuentan demasiado con su personalidad, y casi todos buscan la libertad, la felicidad y la luz en el lado inferior de su naturaleza. No, con la personalidad sólo se encuentra debilidad en el plano físico, penas en el plano astral, y errores en el plano mental. Eso es todo lo que la personalidad humana puede darnos, a pesar de sus apariencias seductoras. Se parece a una pompa de jabón: la pompa de jabón vuela, brillante, irisada, pero muy rápidamente revienta.

Detengámonos ahora en los términos "personalidad" e "individualidad". Muy a menudo se emplean indistintamente uno y otro, y se dice de un hombre que tiene una fuerte personalidad, o bien una fuerte individualidad, para expresar exactamente lo mismo. Quizá encontréis otras definiciones en los diccionarios, pero para lo que quiero explicaros en relación con la naturaleza superior y la naturaleza inferior en el hombre os diré que para el término "personalidad" podemos partir de la etimología de la palabra latina "persona". Persona es la máscara que el actor romano se ponía en el teatro para interpretar; porque en la antigüedad, como sabéis, los actores llevaban una máscara. Imaginaos, pues, un actor: un día, interpreta el papel de un hombre razonable, de un sabio; y otro día el de un criminal, de un traidor o de un seductor. Es sucesivamente Cyrano de Bergerac, Gribouille, Alejandro Borgia, San Luis. Estas diversas máscaras, estos diferentes papeles representan la personalidad. En cuanto a la individualidad, es el artista, que sigue siendo el mismo a través de todos estos papeles. Este ejemplo del actor nos muestra que la personalidad es mortal, perecedera; como el papel que se termina con la representación, sólo dura una encarnación. En la próxima encarnación aparece otra personalidad. A lo largo de estos cambios de personalidad, la individualidad, en cambio, no varía, sigue siendo una, aunque progresa a lo largo de los milenios acumulando las experiencias hechas a través de la personalidad. Se manifiesta sucesivamente en un papel, y después en otro, revistiendo personalidades diferentes en cada encarnación.

Todo esto es muy fácil de comprender y permite darse cuenta de que el que es rico, sano y bello en esta existencia puede, si no hace ningún esfuerzo espiritual, volver, en la próxima encarnación, pobre, enclenque y

sin belleza. En cambio, el que trabaja con su espíritu, con su inteligencia divina o su alma (sin dejar de interpretar el papel que le impone esta encarnación) adquiere unas cualidades, unas virtudes y unas riquezas que permanecerán en su individualidad y le pertenecerán eternamente. Cuando deje de interpretar el papel de su personalidad se irá con este bagaje espiritual, que es la única verdadera riqueza, y nadie podrá quitárselo. Exactamente como el actor que, sacando provecho de sus papeles para mejorarse y ennoblecerse, deja la escena con unas ideas más amplias, el hombre debe salir de la escena terrestre enriquecido por su experiencia.

¿Qué hace con sus bienes aquél que, a lo largo de su existencia, no ha acumulado más que riquezas materiales? Debe abandonarlos al dejar su papel terrestre -es la ley- y se encuentra súbitamente pobre, despojado de todo. Su individualidad, que se va sin maletas -es decir, sin ninguna adquisición espiritual- volverá a la Tierra de la misma manera y deberá encarnarse en una personalidad privada de todos los bienes, puesto que no los ha merecido, y se verá obligado a trabajar enormemente para adquirirlos.

No quiero decir que haya que renunciar a poseer objetos materiales, vestidos, propiedades... No. Todas estas cosas son necesarias en la Tierra, igual que el decorado y los trajes son indispensables para el actor, pero no más. Hemos sido enviados al mundo exactamente como el mayordomo de la parábola entró al servicio de su amo. Nosotros no podemos dejar a este amo, pero él puede despedirnos si nos hemos vuelto malos servidores. Cuando el hombre muere, es que ha sido despedido

¿A qué se parece la personalidad? A un pavo real. Todo el mundo lo mira y lo admira él despliega su cola, se vuelve hacia todos los lados para mostrarse bien, y se ve que está orgulloso de sus plumas. Lo encontráis magnífico y os acercáis a él. Entonces quiere haceros oír su bella voz, pero grita de una forma tan horrible que os asusta y vuestra opinión sobre él cambia totalmente. La personalidad se manifiesta en plenitud en el pavo real. El hombre que, en vez de trabajar para adquirir la sabiduría, el amor y la verdad, sólo piensa en exhibirse, en pavonearse ante los demás, en hacer alarde de su riqueza, de su inteligencia y de su poder, no es más que un pavo real que va por la calle y que grita con una voz estridente: "¡Miradme! No hay otro como yo en el mundo". Mientras que el ruiseñor, en cambio, no se muestra. No está vestido con un traje atornasolado, ¡pero qué voz posee! No es grande ni bonito, pero, sin embargo, cuando canta por la noche, los poetas y los enamorados vienen a escucharle. El ruiseñor

se manifiesta de otra manera que el pavo real; es un símbolo de la individualidad.

¡Bajo cuántas formas se manifiestan la personalidad y la individualidad! Un hombre se queja siempre de estar situado en malas condiciones que constituyen un obstáculo para su evolución y considera que los progresos que hacen los demás sólo son debidos a las buenas circunstancias que han encontrado en su vida; ésta es la imagen de la personalidad. En cambio, otro, no se queja nunca de nada, aunque se encuentre en las peores condiciones, y trabaja para desarrollar sus cualidades; ésta es la imagen de la individualidad.

Tomemos otro ejemplo en el reino vegetal. Mirad la palmera: este árbol crece en las arenas del desierto; el Sol quema atrozmente, falta tierra, el agua es extremadamente rara, y, sin embargo, la palmera dice: "Veréis lo que puedo hacer en las peores condiciones", y ofrece sus dátiles que son más azucarados y más dulces que cualquier otro fruto. La palmera es un alquimista verdadero: transforma la arena en azúcar. En cambio, otro arbusto plantado en un suelo muy rico, bien regado y que goza de un clima favorable, sólo llega a ser un endrino con frutos ásperos. Muchos hombres son semejantes al endrino: viven en unas condiciones favorables y, sin embargo, sus frutos son ásperos: siempre se quejan. Eso prueba que ignoran las riquezas que hay en ellos y la manera en que pueden utilizarlas.

La personalidad se queja continuamente. Proclama por todas partes que si estuviese alojada en un palacio sabría hacer milagros. Pero la experiencia muestra que existen, simbólicamente hablando, endrinos y muchos otros árboles cuyos frutos son insípidos, ásperos o amargos, incluso en las regiones más favorecidas.

Una historia cuenta que, un día de fiesta, en una aldea de Bulgaria, los campesinos estaban cantando y bailando, golpeando alegremente el suelo con sus botas. Había un joven campesino que no podía bailar porque no tenía botas. Pero pronto tuvo tantas ganas de participar en el baile que le pidió a un amigo que le prestase las suyas... Feliz de poder entrar por fin en la ronda se puso a golpear vigorosamente el suelo con sus pies. Viendo eso el amigo que le había prestado las botas le gritó: "¡Eh! ¡No pises tan fuerte que vas a estropear las botas!" El que bailaba se sintió avergonzado de que todo el mundo se enterase, de esta manera, que había tenido que pedir las botas prestadas. Otro amigo, viendo su turbación, le dijo muy bajito: "Deja estas botas, ¡yo voy a prestarte otro par con las que

podrás bailar libremente!". Cambió, pues, de botas y entró de nuevo en la ronda. Apenas había entrado el otro le gritó: "¡Venga! ¡Pisa tan fuerte como quieras...! Si estropeas estas botas, te prestaré otro par". El pobre campesino enrojeció de vergüenza porque, por segunda vez, todo el mundo se enteraba de que no tenía botas.

Ahí veis también cómo se manifiesta la personalidad: gritando bien fuerte los servicios prestados. Ya sé que aquí sólo se trata de una historia de botas, pero ¡cuántos casos hay en la vida en los que la personalidad del hombre se vanagloria del bien que ha hecho! Cristo decía: "Que tu mano izquierda ignore lo que hace tu mano derecha", es decir, que la personalidad ignore lo que hace la individualidad. Debemos hacer las buenas acciones en secreto porque si la personalidad se entera tratará de destruirlas. Por eso los Iniciados esconden cuidadosamente el bien que hacen. Saben que si hablan de ello, los demás se entrometerán y lo destruirán todo.

Cuentan también que el profeta Mahoma se paseaba un día con uno de sus discípulos. Bruscamente, un hombre apareció ante ellos y le dijo al discípulo: "¡Ah!, por fin te encuentro, ¡vas a devolverme el dinero que me debes!", y se puso a injuriarle en términos muy groseros. El discípulo empezó escuchando tranquilamente, tratando de contener su ira, pero pronto, incapaz de dominarse, se puso a responderle, de forma que ambos acabaron injuriándose a cuál mejor. Al cabo de cierto tiempo, cansados, pararon. Pero cuando el discípulo buscó a su Maestro junto a él, ya no lo vio. Lo descubrió más lejos, en un rincón de la calle, meditando. "Maestro, dijo el discípulo, ¿por qué me has abandonado?" Mahoma le respondió: "No me pongo entre una serpiente y un tigre, porque es peligroso". Cuando este hombre te injuriaba y tú te callabas había a tu alrededor unos seres invisibles que respondían en tu lugar y te protegían. Pero cuando tú empezaste también a gritar, queriendo defenderte tú mismo, estos seres te abandonaron, y yo también con ellos porque ya no había nada que hacer".

Cuando la individualidad se manifiesta en el mundo físico no lo hace con ira ni con violencia, sino a través de nuestra naturaleza superior, con la sabiduría, el amor y la verdad. Entonces somos poderosos, porque estamos conectados con unos seres perfectos que nos sostienen, y nuestro enemigo acaba por comprender (aunque no sea en el primer momento) que ha sido malo. Por eso hay que ser muy pacientes, muy resistentes.

La personalidad no puede permanecer muda durante mucho tiempo:

hace promesas, llora, grita de alegría... Pero cambia rápidamente. Es como la Luna, que varía sin cesar. Si contáis con un ser que se manifiesta a través de su personalidad comprenderéis más tarde vuestro error al ver lo cambiante e inestable que es. La individualidad, al contrario, es una fuerza estable de la que podemos fiarnos, como el Sol.

La personalidad busca todas las satisfacciones egoístas. No se ocupa de los demás (salvo si tiene interés en ello), no se pregunta si tienen trabajo, si sufren; quiere únicamente satisfacerse a sí misma.

Mientras que la individualidad se interesa siempre por los demás de una forma imparcial; se pregunta si lo que ella piensa y desea es para el bien de todos; es delicada, atenta, sabia y prudente.

Las entidades celestiales escogen siempre a aquéllos que son capaces de realizar actos nobles y desinteresados para transmitirles lo que ellas aportan. Y, como la mayoría de los humanos sólo viven en la personalidad, no reciben de arriba ni la felicidad, ni la libertad, ni la vida; están limitados, son dependientes, desgraciados. Miradlos: todos se quejan sin cesar, ya no saben ni dónde están, se sienten limitados, se atormentan, lo que es la prueba, justamente, de que viven en su personalidad.

¡Cuántos despilfarran su vida tratando de satisfacer a su personalidad... o a la de los demás! La madre se pasa el tiempo satisfaciendo los caprichos de su hijo, el marido satisfaciendo todos los deseos de su mujer, y la mujer los de su marido... ¿Y qué sucede entonces? La personalidad, que es ingrata por naturaleza, olvida inmediatamente el bien que se le hace, y después, un día, en vez de pagar con la gratitud a aquéllos que la han satisfecho, sólo les muestra indiferencia, desprecio o incluso odio. Si sólo satisfacéis el lado inferior de los humanos nunca seréis recompensados por ello, debéis saberlo; y si después tenéis contratiempos, no os quejéis, no tenéis el derecho de hacerlo. Antes de sacrificaros por los demás debéis preguntaros qué lado servís en ellos: la personalidad o la individualidad.

La personalidad no guarda memoria alguna de lo que se hace por ella: es ingrata, débil, pérfida. Por eso, mientras contentéis en los demás sus apetitos, sus caprichos y sus necesidades sensuales, os decepcionaréis tarde o temprano. Si no queréis ser decepcionados por los seres debéis trabajar para alimentar su alma, su espíritu, es decir, para iluminarles, dirigirles hacia la fuente, Dios, para que se conecten con Él, le alaben y le glorifiquen. Miles de personas se asombran al ver que la fe, la confianza

que tienen en los demás son traicionadas. Pero es porque ponen toda su esperanza en los resultados que obtendrán alimentando su lado inferior. Muy a menudo he oído a padres que dan a sus hijos unos consejos que conciernen únicamente a la satisfacción de su personalidad: les enseñan la astucia, la sed de dinero o de placeres, la búsqueda de su bienestar personal en detrimento del de los demás. Pues bien, al crecer, los hijos empiezan por aplicar estos consejos en detrimento de sus propios padres, que, evidentemente, se lamentan entonces, sin acordarse de que fueron ellos mismos los que instruyeron a sus hijos en estos métodos.

El espíritu, en el hombre, es un prisionero desgraciado. Es un rey al que la personalidad ha destronado para tomar su sitio. Ahora está encerrado en un calabozo en donde le alimentan con mendrugos de pan enmohecido y agua polucionada y desde donde sólo puede ver la luz del día a través de un pequeño tragaluz. Nadie viene a liberarle para devolverle su sitio de soberano verdadero.

Los hombres aprecian lo que hacemos para sus satisfacciones materiales y su cuerpo físico, pero los Iniciados, los ángeles y Dios sólo aprecian lo que hacemos para su alma y su espíritu. ¿Qué quedará del alimento que les habéis dado a vuestros amigos si no habéis añadido a él otro alimento que dura eternamente: pensamientos, un saber, luz, libertad? Hay que cambiar el concepto que tenemos de la caridad, porque hay una caridad que no produce ningún efecto duradero, y hay otra cuyos efectos duran eternamente. Los seres ordinarios no saben alimentar el espíritu de sus parientes, de sus amigos, embellecerles, reforzarles. La verdadera caridad, la de los Iniciados, consiste en restablecer al hombre en la realeza de su espíritu. Puede ocurrir que un Iniciado se ocupe de la personalidad de los demás (es decir, que les cure, que les dé socorros materiales), pero lo hace como algo secundario. Muy a menudo, la caridad ordinaria desarrolla los peores defectos en la gente: los anima a la pereza, les incita a aprovecharse cada vez más de los demás, aumenta su convicción de que las personas caritativas son crédulas e ingenuas, de forma que en vez de ser útiles, libres, independientes y capaces de desenvolverse por sus propios medios, se convierten en verdaderos parásitos de la sociedad.

Ahora, que habéis comprendido la diferencia que existe entre la personalidad y la individualidad, debéis comprender todavía algo muy importante: que la personalidad y la individualidad deben caminar una al lado de la otra. Lo que os he dicho de la personalidad no significa que haya que matarla, borrarla, aniquilarla. No, la personalidad debe ser la sirvienta

de la individualidad. Sin la personalidad, la individualidad no puede manifestarse. La personalidad es comparable a la forma, y la individualidad al contenido. La forma es necesaria, pero debe expresar el contenido. Si la forma es estúpida, privada de sentido, produce la esclavitud completa del ser humano.

Cuando la personalidad se convierta en su sirvienta, el espíritu humano podrá hacer milagros. Sabed que todo lo que obstaculiza al espíritu, lo que le impide comprender, crear, actuar libremente, es la personalidad. Observad los caracteres a vuestro alrededor y constataréis que, cuanto más predomina la personalidad, tanto más obtuso es el ser y más lleno está de prejuicios. Ahora bien, el más mínimo prejuicio en las opiniones filosóficas o religiosas, en las relaciones con los humanos o en el trabajo, ocasiona complicaciones en la comprensión y en la actividad. No hay peor prejuicio que el de la personalidad que se irrita, se defiende, se venga y cambia sin cesar de punto de vista. La personalidad está condenada a no ver nunca la realidad de las cosas porque todas sus empresas tienen un fin interesado. Cuando un Iniciado ve venir a su escuela a seres cuya personalidad está muy desarrollada, ya prevé qué obstáculos encontrarán y qué dificultades tendrá para instruirles. La fórmula absoluta de los Iniciados es la siguiente: cuanto más dominamos a la personalidad, es decir, cuanto más nos limitamos y nos dominamos, más nos liberamos y reforzamos.

Si os explicase en detalle todas las malas tendencias que alimentáis en vuestros parientes y vuestros amigos, creyendo ayudarles, estaríais horrorizados. Pensáis que les alimentáis a ellos, pero, de hecho, alimentáis en ellos a unas entidades que no conocéis, a extraños que comen y beben por cuenta vuestra sin pagaros después ni con un solo sentimiento de gratitud. La ciencia verdadera de la Iniciación permite, precisamente, llegar a discernir con exactitud las entidades que alimentamos en nosotros mismos y en los demás.

Ahora ya estáis suficientemente preparados para comprender el sentido de la parábola del mayordomo infiel.

La personalidad y la individualidad tienen su sede en el gran mundo, el macrocosmos, el universo, y también en el pequeño mundo, el microcosmos, el hombre. En el hombre, la sede de la personalidad es el vientre y el bajo vientre, es decir, lo que se encuentra por debajo del diafragma. La sede de la individualidad está en los pulmones, el corazón y

el cerebro, es decir, en lo que encuentra por encima del diafragma. La línea horizontal del esquema que os he dado corresponde, pues, al diafragma.

Quizá creáis que todo lo que está situado por debajo del diafragma está privado de pensamientos, de sentimientos, de actividad. Desengañaos. El vientre tiene un cerebro, un corazón y una voluntad. ¿Por qué se dice de ciertas personas que tienen el "corazón en el vientre"? No tengo intención de crear una nueva anatomía, pero debéis saber que estas dos regiones, por encima y por debajo del diafragma, representan a dos amos entre los que el hombre está situado y a los que debe servir. Sí, y es toda una historia, toda una aventura. Cuando el hombre viene a la Tierra, entra al servicio de un amo, el cuerpo físico, el estómago, pero, tarde o temprano, es despedido, es decir, muere. Si es inteligente, debe hacer unas reflexiones semejantes a las del mayordomo de la parábola: "¿Qué va a quedarme puesto que mi amo me quita la administración de sus bienes? ¿Trabajar la tierra? No puedo... ¿Mendigar? Tengo vergüenza de hacerlo..." El mayordomo razonable sabe muy bien que cuando deje su cuerpo físico, este amo eternamente descontento, querrá trabajar aún en la Tierra, pero que ya no tendrá los medios para hacerlo. Habiendo conservado las mismas necesidades de comer, de escuchar y de saborear toda clase de placeres, se verá tentado a mendigar, es decir, a descender junto a los vivos para satisfacerse a través de ellos. Eso es lo que les sucede a los mayordomos muy fieles a la personalidad, se convierten en mendigos en el plano astral y acuden a todos los lugares de placer, en los que se divierte la muchedumbre para participar en sus goces.

Pero el mayordomo infiel era inteligente, no quería entrar a formar parte de esta categoría de espíritus mendigos. Aconsejado por su razón, decidió hacerse amigos, con ayuda de las riquezas injustas, y reducir la deuda de los deudores de su amo ¿Qué significa eso? Que en vez de dar a su vientre, a sus diferentes órganos, comidas copiosas y placeres excesivos, como hacen la mayoría de los humanos en tiempo normal, disminuyó la proporción de alimentos o de satisfacciones que creía tenerles que dar a cada uno de ellos. Dicho de otra manera, estableció un régimen de restricciones para la personalidad disminuyendo el número de cigarrillos, de vasos de vino, de amantes, etc., y las fuerzas, los pensamientos, el tiempo que debían ser consagrados al amo insaciable y engullidos por él, el mayordomo se los dio secretamente a los amigos invisibles de los tabernáculos eternos. Es decir, que economizó un capital para depositarlo en un banco celestial para que el día en que tuviera que presentarse en la ventanilla de este banco, le reconocieran y le acogieran.

Consagró tiempo, energías, y dio una parte de su amor, de sus pensamientos y de sus sentimientos a la individualidad, en vez de reservarlos a la personalidad. Fue, pues, infiel a la personalidad para crearse amigos gracias a las riquezas que le retiró a la personalidad "injustamente".

Si no interpretamos así los términos de esta parábola, no podemos comprender por qué el mayordomo fue alabado por su amo. ¿Quién es este amo que le alabó? No ciertamente la personalidad, que fue perjudicada por él. Es, pues, la individualidad la que le dijo: "Eres muy inteligente. Has hecho bien". Porque sólo hay una infidelidad y una injusticia permitidas: las que cometemos con respecto a la personalidad, es decir, a lo que es inferior, egoísta y perecedero. En cambio, nunca tenemos la autorización de ser infieles con Dios, los ángeles, la pureza, la bondad. Actualmente, el mundo entero es fiel al vientre, al sexo, es decir, a la personalidad, e infiel a Dios; los humanos se dan prisa cuando se trata de contentar sus pasiones, sus deseos inferiores, pero traicionan sin cesar al Señor. ¡Cuántos hombres he visto que son fieles... al propietario de la taberna que visitan cada día! Otros son fieles al tabaco o a una pasión cualquiera, a un vicio, a una costumbre malsana. Pocos son fieles a hábitos superiores. Y, sin embargo, la verdadera fidelidad es no descuidar nunca el estudio, la meditación, la oración, los sentimientos y los pensamientos desinteresados.

Os preguntáis quizá lo que representan los deudores a los que se les perdonó su deuda, y de qué naturaleza era esta deuda. Los deudores son entidades del mundo invisible que, al venir a tomar ciertos elementos espirituales en el hombre, deben pagárselos bajo forma de energías, de fuerzas menos sutiles. Al perdonar sus deudas a estas entidades, el hombre renuncia a estas fuerzas, que le habrían sido dadas después, es decir, que entra en la vía de la abstinencia (el ayuno, la castidad, el silencio, la oración, la meditación). Estas medidas de restricción permiten disminuir la cantidad de energías que el cuerpo físico necesitaba habitualmente. Cuando el cuerpo físico renuncia parcialmente a sus apetitos, el lado superior, que ya no tiene que suministrarle tantas fuerzas y fluidos, se refuerza. Pero cuando el lado inferior come y se divierte mucho, el lado superior, que ya no puede manifestarse, se debilita, porque es él el que suministra las energías que se manifiestan en el plano físico.

Y, ¿veis?, Jesús no dijo en la parábola que el mayordomo infiel perdonara a sus deudores la totalidad de sus deudas, sino solamente una parte. Eso significa que el hombre no debe practicar las restricciones con

exceso, que no debe ir hasta los extremos, hasta la mortificación y el ascetismo absolutos.

Jesús muestra bien que el hombre debe trabajar para el primer amo (la individualidad), pero que no tiene derecho a abandonar al segundo (la personalidad), es decir, que no tiene derecho a privarse de todo y a dejarse morir a fuerza de renunciaciones. Debe ser infiel al segundo amo, pero solamente en cierta medida. Supongamos que una mujer, por ejemplo, sólo se interesa por su apariencia física y descuida enteramente su desarrollo intelectual y espiritual para preocuparse solamente de cuidar la belleza de su cuerpo y su cara. Efectivamente, se vuelve extremadamente seductora, dulce como la miel, y atrae de lejos las avispas y las moscas; tiene numerosos amigos, es festejada, adulada. Algunos años más tarde ya no es tan atractiva y sus amigos la abandonan; lamenta entonces su pasado, sufre y se siente aislada. La gente sólo busca, en efecto, a aquéllos que pueden darle algo; ahora que ella está privada de su belleza no encuentra a nadie para frecuentarla y consolarla. Si esta mujer hubiese actuado como el mayordomo infiel y razonable, si hubiese previsto que un día su amo la expulsaría, se habría preparado para este cambio de situación, habría empezado a estudiar, a desarrollar la bondad, la inteligencia, para conservar a sus amigos cuando ya no tuviese belleza. Y los habría conservado, porque hubiera seguido siendo agradable, de buen ver a pesar de su edad. Muy a menudo he observado que las mujeres que han cultivado su individualidad, cuanto más envejecen, más radiantes se vuelven, más encantadoras, más luminosas. Mientras que aquéllas que han servido a su personalidad con exageración son cada vez más deformes y feas, porque viven en los lamentos, las envidias, la ira y el odio en contra de todos, lo que les da una expresión repelente.

Puesto que para cada uno de nosotros debe llegar el momento en que seamos despedidos por nuestro amo, debemos prepararnos y crearnos amigos en otro plano. Porque estos amigos no están en el plano físico; la frase de la parábola es simbólica: "Yo os digo: haceos amigos con las riquezas injustas". El que tiene la costumbre de comer mucha carne, ternera, cerdo, pollos, charcutería, reúne dentro de él todas las células robadas a estos animales para construir con ellas su cuerpo físico. Debe, pues, hacerse amigos gracias a este edificio construido con riquezas injustas para que, cuando su cuerpo le sea quitado, sea recibido por estos amigos en los tabernáculos eternos. ¿Y cómo? Reduciendo las dosis. Si pensabais hasta ahora que le debíais a vuestro amo (el estómago) cinco docenas de ostras, un kilo de caviar, una decena de salchichas, varios

pavos, etc., y todo ello copiosamente regado con los mejores vinos, y seguido de café, de algunos licores y de cigarrillos, procurad reducir un poco este menú: estaréis todavía bien alimentados y habréis perdonado sus deudas a ciertas entidades que debían suministraros las fuerzas necesarias para digerir semejante comida. De esta manera os haréis amigos de estas entidades invisibles que, más tarde, os recibirán en los tabernáculos eternos.

Esta restricción concerniente al estómago debe ser comprendida no solamente para los gozos y los placeres del plano físico, sino también para los del plano astral y mental, que pertenecen a la personalidad, como os he mostrado en el esquema.

Y cuando Jesús dijo: "El que es fiel en las pequeñas cosas lo es también en las grandes, y el que es injusto en las pequeñas cosas lo es también en las grandes. Así pues, si no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas?", significa que, si no sois fieles a la individualidad en las pequeñas cosas terrestres, no se os podrán confiar las grandes riquezas del espíritu.

Esta parábola prueba que Jesús explicó muchas cosas ante sus discípulos, pero que los Evangelistas sólo relataron una pequeña parte de sus explicaciones. Y ahora hay que interpretar, lo que no es fácil. Hay, evidentemente, una primera posibilidad de interpretación que consiste en estudiar cada palabra, en comparar las diferentes versiones, en referirse a los textos hebreo y griego primitivos, en buscar las lagunas, las deformaciones, voluntarias o no, las copias mal hechas, en profundizar ciertas cuestiones desde el punto de vista histórico, etc. Esto es lo que se llama exégesis sagrada. Todo el mundo se interesa por este tipo de investigaciones, pero aun prosiguiéndolas durante toda la eternidad no se llegará así a encontrar la llave de las Escrituras. Os confieso que, a pesar de que he leído muchas cosas sobre estas cuestiones, no me interesa saber cómo fueron escritos los Libros sagrados, ni dónde se encuentran las faltas de traducción y de copia. Para mí, no tiene tanta importancia si una palabra ha sido verdaderamente bien o mal traducida. Lo que me interesa es saber lo que pensaba Jesús, lo que sobreentendía en el momento en que hablaba en parábolas, y es difícil saberlo mediante la exégesis. Pero las palabras de Jesús están vivas todavía en el Akasha Crónica, y debemos elevarnos por tanto hasta allí para descubrir su sentido. Cuando lo hayamos comprendido volveremos al plano físico para interpretar el texto.

Con los medios ordinarios del intelecto, de la erudición, sólo podemos conocer el sentido literal, en el plano de la forma. Sin embargo, la verdad no puede encontrarse en el plano físico, en la forma; sólo la descubrimos si nos elevamos hasta muy arriba. El sentido verdadero está en los planos superiores, arriba, y si no interpretamos los Libros sagrados elevándonos interiormente no podremos penetrar su sentido. El primer método, la exégesis, es el de la personalidad; el segundo es el de la individualidad. Con el método de la individualidad el espíritu tiene acceso a las regiones muy elevadas en donde se encuentran las explicaciones de todas las cosas, mientras que el método de la personalidad le hace descender allí donde sólo se encuentran migajas, jirones deformados de la verdad. Con las grandes discusiones y las argumentaciones eruditas sobre cuestiones que pertenecen al dominio del espíritu, nos alejamos del sentido y del contenido que se vuelven cada vez más incomprensibles.

Al elevarse, nuestro espíritu alcanza a seres más evolucionados que nosotros que conocen las grandes verdades contenidas en los textos sagrados y nos informan sobre ellas. Mientras que la exégesis, el método de la personalidad, hace descender al espíritu hacia unos seres inferiores que nos extravían. La primera vía conduce hacia la humildad, porque lleva al hombre a compararse inconscientemente con los seres superiores con los que entra en contacto. A su lado, se descubre ignorante, débil, imperfecto, y la humildad comienza a nacer en él. Mientras que, al descender, se ve obligado a compararse con los humanos ordinarios, con los animales, con los insectos, con los microbios, y entonces, claro, se encuentra grande, sabio, único, y el orgullo le invade. Cuando el discípulo levanta los ojos hacia los seres muy evolucionados ve su imperfección y comprende qué trabajo debe todavía realizar sobre sí mismo; se vuelve humilde, se abre, y el Cielo empieza a derramar sobre él sus bendiciones. Por el contrario, el orgulloso, que se compara siempre con los seres minúsculos, se detiene en su evolución, se cierra. El orgullo es una barrera. Jesús lo dice: "Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios." Niño no significa ignorante. Llega ahora otra cultura: la del niño, la de la simplicidad, la humildad, el amor, en la que los hombres se compararán con los Iniciados, con los grandes Maestros, con los ángeles. Entonces, sentirán cuántas cosas deben aprender todavía, y la sabiduría, el amor y la libertad aparecerán en el mundo

En general, los hombres se instruyen con ayuda de experiencias insuficientes hechas por la personalidad. Pero los discípulos, los Iniciados, se instruyen con la verdadera luz, con el Espíritu; por eso se vuelven

clarividentes, sanadores, profetas. Los que se instruyen en las escuelas con personalidades humanas saben también algo, pero la mayor parte de su saber no sirve ni para mejorar su salud, ni para aumentar su felicidad o su sabiduría.

Jesús habló de dos amos. Leed el final de la parábola: 'Nadie puede servir a dos amos Porque, o bien odiará a uno y amará al otro; o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammón'. Es decir, no podéis servir a la vez a vuestra naturaleza superior y a vuestra naturaleza inferior. Y más lejos se dice: "Lo que es elevado entre los hombres es una abominación ante Dios". Así pues, lo que es glorioso para la personalidad, para el mundo, es odioso para la individualidad, para el espíritu. La personalidad busca la aprobación del público, de la masa ignorante, mientras que la individualidad busca la del mundo divino.

Esta parábola del mayordomo infiel está en relación con los versículos del Evangelio de San Mateo; "No amaséis tesoros en la Tierra, en donde la polilla y la herrumbre destruyen, y en donde los ladrones penetran y roban; amasad tesoros en el Cielo, en donde la polilla y la herrumbre no destruyen, y en donde los ladrones no penetran ni roban. Porque allí donde está tu tesoro, también estará tu corazón. El ojo es la lámpara del cuerpo. Si tu ojo está en buen estado, todo tu cuerpo estará iluminado. Así pues, si la luz que está en ti son tinieblas, cuan grandes serán estas tinieblas. Nadie puede servir a dos amos. Porque, o bien odiará a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammón". Ello prueba que Jesús habló en varias ocasiones de esta cuestión de los dos amos.

Pero ya os lo dije y lo repito: no hay que matar a la personalidad. La personalidad es magníficamente útil como sirvienta en las manos de la individualidad. Sin la personalidad no podemos hacer nada en la Tierra; pero su papel es el de sirvienta, y no debe salirse de este papel, porque cuando se pone a querer jugar el papel de ama de casa, todo se trastoca en el hombre y todo anda patas arriba.

Procuremos, pues, pertenecer todos a la cultura del espíritu. Dejemos un poco de lado a nuestra personalidad, porque ésta no puede servirnos para gran cosa mientras no se someta a la individualidad.

Deseo que el amor, que aporta la vida verdadera, la sabiduría, que aporta la luz, y la verdad, que da la libertad, estén siempre con vosotros y en vosotros.

* * *



www.laensenanza.org